

La heroína había llegado de muy lejos. Había iniciado su periplo en forma de opio en Afganistán, transportado a lomos de burros hasta Jalalabad, donde era vendido a cien dólares el kilo. Oculto en unas bolsas de poliuretano, precintadas y envueltas en arpillera, era transportado a través de la frontera hasta Pakistán, y desde allí a Uzbekistán, donde unos técnicos chinos lo convertían en heroína.

Los aduaneros percibían sobornos, y la heroína era enviada por ferrocarril, como remesa de harina, a Polonia. Allí era transferida a unos compartimentos ocultos en un contenedor de ciruelas enlatadas y transportada en un camión a Alemania. Los aduaneros de la Unión Europea eran más difíciles de sobornar que los de la antigua Unión Soviética, pero el camión pasaba la frontera sin problemas. Un camionero alemán transportaba el contenedor a Francia, donde un turco lo llevaba a bordo de un ferry que atravesaba el Canal de la Mancha. Tenía pasaporte inglés y utilizaba el ferry con frecuencia, por lo que los aduaneros en Dover ni se fijaban en él.

Tres horas más tarde la heroína era transportada por la M2 hacia Londres y su precio al por mayor había aumentado hasta 30.000 libras esterlinas el kilo, casi 60.000 dólares. Una vez cortada, su valor en la calle rondaba los quince millones de libras.

En dos ocasiones, cuando el camión pasó bajo los puentes peatonales de la autopista, fue controlado por observadores provistos de móviles, que comprobaron si alguien lo seguía. Tras cerciorarse de que nadie seguía al camión, telefonearon a sus compañeros para informarles de que todo estaba en orden.

Cuando el turco llegó al centro de Londres fue escoltado por dos motos de gran potencia. Tras asegurarse de que nadie seguía al camión, los motoristas indicaron al turco dónde debía entregar la mercancía. El turco se dirigió a un almacén situado en el norte de Lon-

dres, donde descargó las ciruelas enlatadas, que serían vendidas en una conocida cadena de supermercados. Cuatro grecochipriotas retiraron la lámina de metal que cubría la parte posterior del contenedor. Detrás de la lámina había unas bandejas metálicas que contenían los paquetes de plástico blancos de polvo marrón, cada uno del tamaño de una barrita de pan. Después de comprobar la pureza y el peso de la heroína, se despidieron del camionero.

La mercancía fue dividida en cuatro partes. Los turcos se llevaron la parte del león, y durante aproximadamente una semana, el precio de la heroína en la calle cayó un diez por ciento en el norte de Londres. 40 kilos fueron vendidos a un grupo de antiguos activistas del IRA que los transportaron en ferry a Belfast, donde fueron arrestados por la policía norirlandesa. Otros 30 kilos terminaron en las calles en Liverpool. Por lo general, los traficantes utilizaban leche en polvo para incrementar el volumen de la droga, pero la heroína llegó un domingo, y la tienda local que utilizaban estaba cerrada. La sustituyeron por quinina, pero el traficante que llevó a cabo la mezcla utilizó una cantidad excesiva, y 27 heroinómanos acabaron en el hospital. Tres de ellos murieron.

Los turcos enviaron 10 kilos a una banda de traficantes jamaicanos en Harlesden. Les disgustaba tratar con los jamaicanos, pero éstos estaban dispuestos a pagar al contado. Las autoridades aduaneras se habían incautado de una de sus remesas en las maletas de una madre de tres hijos en el aeropuerto de Heathrow. 12 kilos. La mujer había tenido mala suerte: no encajaba en el perfil de «mula», pero un agente la había visto hablar nerviosamente por el móvil mientras empujaba su carrito a través del pasillo verde. No habían ocultado bien la heroína, y a los pocos minutos los aduaneros habían descubierto los compartimientos falsos situados en el fondo de las voluminosas maletas de la mujer. Ésta había roto a llorar y había contado a los agentes que una banda de Kingston la había amenazado con castrar a sus dos hijos varones si no accedía a hacer lo que le pedían, y le habían prometido 1.000 dólares si accedía. Los investigadores le habían asegurado que obtendría una sentencia más leve si declaraba contra los traficantes, pero sólo habían conseguido que los sollozos de la mujer arreciaran.

La transacción entre los turcos y los jamaicanos tuvo lugar en la explanada delantera de una gasolinera en Wood Lane. Era propiedad de un «padrino» turco, por lo que las cámaras de circuito cerrado habían sido desconectadas y los turcos tenían a tres matones armados con pistolas ametralladoras ocultos en los lavabos por si los jamaicanos trataban de llevarse la droga gratis.

Los jamaicanos también iban armados, pero llevaban 300.000 libras, principalmente en billetes de 50 libras. Los turcos contaron los fajos de dinero y examinaron tres detenidamente. Satisfechos, entregaron la droga. Los jamaicanos llevaban un laboratorio portátil y analizaron dos paquetes, tras lo cual declararon que todo estaba en orden. Una vez realizada la transacción, los jamaicanos se montaron en un BMW y desaparecieron en la noche con la heroína.

—Odio a los jamaicanos —dijo uno de los turcos mientras observaba alejarse el BMW—. No son de fiar. Prefiero mil veces a los de Bangladesh. —Encendió un pequeño puro y dio una profunda calada—. Con un bengalí sabes a qué atenerte.

—Odio a los turcos —dijo Delroy Moran, que ocupaba el asiento del copiloto de un BMW Serie 7. Era un tipo larguirucho, con el pelo estilo rasta que le llegaba a los hombros, que había volado a Londres hacía seis meses para escapar de una investigación por asesinato en Jamaica. Lucía una camiseta ajustada y un medallón dorado con un dibujo de la planta de cannabis colgado alrededor del cuello. La transacción que acababa de realizar era la más importante que había hecho hasta la fecha y sentía todavía el torrente de adrenalina que circulaba por sus venas. Se proponía cortar la heroína con leche en polvo y venderla en Harlesden a 70 libras el gramo. 70.000 el kilo.

—Ya, y ellos nos odian a nosotros —respondió Chas Eaton, el conductor. No tenía carné de conducir ni seguro. Le habían caído tres condenas por conducir temerariamente bajo tres nombres falsos, y en una ocasión había atropellado y matado a una chica de trece años en un paso de cebra en el sur de Londres. Se había largado del lugar de los hechos, había abandonado y prendido fuego al coche

y no había sufrido el menor atisbo de remordimientos—. Pero el dinero es el dinero, ¿no?

—Sólo digo que si pudieran nos robarían hasta los calzoncillos. Después de estrecharles la mano tienes que contar tus dedos, por si te falta alguno.

Los dos guardaespaldas iban sentados en la parte posterior del BMW. Tenían las rodillas muy separadas, pero así y todo las llevaban presionadas contra los asientos delanteros. «Starvin» Marvin Dexter y Lewis «Jacko» Jackson. Ambos habían nacido y crecido en Londres y eran hijos de padres jamaicanos, y cuando no hacían de matones para Delroy Moran, estaban haciendo músculo en el gimnasio o en el ring. Habían colocado las bolsas de lona debajo de sus piernas y sostenían las pistolas apuntando hacia abajo. Llevaban la suficiente droga en el coche como para conseguir que les cayera una condena de cárcel de dos dígitos, de modo que si la policía detenía el vehículo no estaban dispuestos a dejarse arrestar sin oponer resistencia.

Eaton detuvo el BMW frente a una hilera de tiendas: una ferretería, una tienda de «todo a cien», un supermercado de artículos a precios reducidos, una compañía de radiotaxis, una casa de apuestas y una tienda de licores, todo lo necesario para la vida en la zona central de una ciudad importante. Sobre ellas había dos pisos de apartamentos. La entrada del apartamento de Moran se hallaba entre la casa de apuestas y la tienda de licores, que ya habían cerrado. Tres mujeres jóvenes estaban frente a la oficina de los radiotaxis. Eran unas rubias de bote, que lucían unas minifaldas y bisutería barata. De no estar trabajando, Moran se habría acercado para preguntarles si les apetecía montarse una juerguecita con ellos. Una de las rubias, que no debía de tener más de dieciséis años, le sonrió seductoramente a través del parabrisas, pero Moran no le hizo caso.

—Parece que va a llover —comentó Moran—. Meted el coche en el garaje. —Detrás de las tiendas había unos garajes de alquiler y Moran había alquilado dos. Se volvió en el asiento y miró a Dexter y a Jackson—. Rápido, ¿vale?

Dexter y Jackson abrieron las puertas traseras, se apearon del co-

che colgándose las bolsas al hombro y ocultando las pistolas en el interior de sus chaquetas.

Moran se dirigió apresuradamente hacia la entrada, pulsó el botón del telefonillo para indicar a los dos hombres que estaban en el apartamento que iban a subir, y empujó la puerta. Había una pequeña cámara orientada hacia la puerta, y Moran se volvió hacia ella sonriendo, tras lo cual se apartó para dejar que Dexter y Jackson subieran las gradas. El telefonillo siguió zumbando unos instantes y luego la puerta se cerró antes de que Moran pudiera seguir a los otros. Moran maldijo a los dos tipos que estaban en el apartamento. Supuso que tendrían un colocón como un piano. Pulsó de nuevo el telefonillo y oyó una voz somnolienta.

—¿Sí?

—Vamos a subir. ¿Todo está en orden?

—Sí.

Moran miró cabreado la cámara de seguridad.

—Como hayan estado dándole al crack les parto la crisma —dijo.

Moran entró detrás de Dexter y Jackson y cerró la puerta principal, que había sido reforzada con una plancha metálica, y el marco guarnecido con bandas de metal. La policía tardaría unos minutos incluso en abollarla con sus porras. Emitió un profundo suspiro. Estaba en casa y a salvo. Habían pagado a los turcos 300.000 libras. La heroína, cortada y en la calle, valía casi tres cuartos de millón. Un dinero fácil.

Chas Eaton condujo el BMW lentamente, dobló a la izquierda y efectuó otro giro a la izquierda para tomar por el callejón situado detrás de las tiendas. Los garajes de alquiler eran de ladrillo, con el techo de chapa de cinc ondulada, y la mayoría con una puerta de madera, pero los dos que Moran había alquilado estaban provistos de verjas, recios candados y alarmas. En uno de los garajes guardaban el BMW, y en el otro cuatro motos de alta cilindrada robadas.

Eaton se detuvo y se apeó del coche. Desde donde estaba alcanzaba a ver la parte posterior de los apartamentos situados detrás de las tiendas. La mayoría de las ventanas que daban al callejón eran

de los cuartos de baños, y en varias ocasiones, cuando aparcaba el coche por las noches, Eaton había visto cuerpos desnudos. La luz del baño de Moran estaba apagada, pero Eaton frunció el ceño al observar que la ventana estaba entreabierta y debajo de ella había una escalera apoyada en el muro. Soltó una palabrota. Si alguien había asaltado el apartamento, se organizaría un follón enorme. Si alguien había entrado en el apartamento no sería alguien del barrio. Delroy Moran era temido a muchos kilómetros a la redonda.

Mientras Eaton se encaminaba hacia la puerta, sacó la llave del bolsillo del pantalón. De pronto oyó unos pasos sigilosos a su espalda y se volvió.

—Buenas noches, Sooty —dijo una voz, y alguien lo golpeó en la parte posterior de la cabeza con un objeto contundente. Eaton perdió el conocimiento antes de caer al suelo.

Moran subió la escalera detrás de Dexter y Jackson, y se detuvieron ante una segunda puerta, también blindada. Sobre ella había una segunda cámara de seguridad. La puerta se abrió y los dos hombres entraron cargados con sus bolsas. Jackson se detuvo en el umbral. Moran le propinó un empujón en la espalda, pero Jackson parecía reacio a moverse. Cuando Moran miró sobre su hombro, comprendió el motivo.

En el centro de la habitación había un individuo cubierto con una máscara de goma tipo alienígena con dos orificios negros para los ojos, empuñando una imponente automática con ambas manos. Dexter estaba arrodillado en el suelo, con la bolsa colgada todavía del hombro.

—¡Adentro! —ordenó el Alienígena.

Moran trató de sacar la Glock que llevaba en la parte posterior del pantalón, pero apareció un segundo individuo enmascarado, que se situó junto al pistolero, con una máscara de Frankenstein y empuñando un revólver Magnum. Llevaba un anorak azul oscuro con la capucha sobre la máscara, guantes de cuero negros, vaqueros de color azul oscuro y botas negras.

—Si tocas esa pistola te mato, negrata —gritó Frankenstein esgrimiendo el revólver—. Entra.

El hombre con la máscara de alienígena agarró a Jackson por el cuello de la chaqueta, le obligó a entrar en la habitación y a arrodillarse.

Moran retiró las manos de la culata de la Glock.

—No sabes con quién te la juegas —dijo.

—Con Delroy Moran, un asqueroso narcotraficante, violador de niñas adolescentes y asesino de un taxista en Kingston —replicó el Alienígena—. Sé perfectamente con quién me la juego, y nada me gustaría más que meterte un balazo en tu asquerosa cara. Avanza tres pasos y arrodíllate. —El Alienígena llevaba un atuendo idéntico al de Frankenstein.

—Esto es un malentendido, tío —dijo Moran.

—Claro, la vida es muy jodida —contestó Frankenstein.

—Si disparas contra ese cabrón, la policía no tardará en atraparte —dijo Moran.

—Seguro. La policía no tiene otra cosa que hacer que acudir corriendo a Harlesden cada vez que suena un tiro. ¿Y cómo van a pasar a través de las dos puertas blindadas? —preguntó señalando con el Magnum—. Te lo pediré lisa y llanamente, ya que no has podido acceder a una educación. Entra de una vez. Ahora.

Moran soltó una palabrota y entró en la habitación.

Frankenstein cerró la puerta de una patada y dijo:

—Arrodíllate. Ahora.

Moran se arrodilló sin apartar los ojos del rostro del pistolero.

—Eres hombre muerto —dijo.

—Mira cómo tiemblo, Delroy.

Frankenstein tomó la bolsa de lona de manos de Dexter, la abrió violentamente y examinó el contenido.

—Heroína —dijo al Alienígena, tras lo cual cogió la bolsa de Jackson y miró también en su interior—. Yo diría que hay unos diez kilos.

—Te has convertido en un pez gordo, ¿eh, Delroy? —comentó el Alienígena—. Ahora colocad las manos detrás de la cabeza, con los dedos enlazados, despacito.

Los tres jamaicanos obedecieron. Frankenstein tomó la Glock de Moran y la guardó en el cinto del pantalón.

—Una magnífica pistola, la Glock —dijo Frankenstein—. Nunca se atasca. Pero yo prefiero el viejo Colt. Nunca yerras el tiro con un Colt.

—Ya tenéis la mercancía —dijo Moran—. ¿Tengo que escuchar también una conferencia sobre armas de fuego?

El Alienígena avanzó un paso hacia Moran y le apuntó al rostro con el revólver.

—Eres un negrata muy chistoso, Delroy. Pero lo que queremos es el dinero, no la droga.

—Aquí no hay dinero. Y los insultos racistas no me impresionan —contestó Moran.

El Alienígena golpeó a Moran en la cara con el Magnum. Moran volvió la cabeza debido al impacto al tiempo que soltaba un chorro de sangre. Vio a los dos tipos que había dejado para que custodiaran el apartamento postrados boca abajo, amordazados con cinta adhesiva y las manos atadas a la espalda con unas tiras de plástico.

Frankenstein se plantó delante de Moran.

—¿Cuándo adquiriste la caja fuerte? —preguntó.

—Hace tres días —respondió Moran volviéndose hacia la izquierda y mirando la puerta del dormitorio principal.

—Ábrela.

—Está vacía.

—Ábrela para que yo lo compruebe.

—Está vacía. Utilizamos el dinero para comprar la mercancía.

—No volveré a repetírtelo.

—Que te jodan.

Frankenstein golpeó a Moran en la mejilla con la culata de su revólver, abriéndole otra brecha.

—Abre la puta caja.

—Ábrela tú.

Frankenstein agarró a Moran por el cuello de la camisa y lo arrastró por el suelo hacia el dormitorio.

De pronto sonó un tiro, un ruido ensordecedor que reverberó entre las paredes de la pequeña habitación. Frankenstein soltó a Moran y se volvió bruscamente soltando una palabrota. Jackson seguía

de rodillas, pero en su mano derecha empuñaba una pequeña pistola. El Alienígena retrocedió trastabillando hacia la puerta. Jackson volvió a disparar, y la segunda bala se incrustó en la pared, sobre la cabeza del Alienígena.

Moran rodó por el suelo hacia un sofá de plástico rojo. Jackson disparó de nuevo y alcanzó al Alienígena en el pecho. Todos contemplaban la pistola que empuñaba Jackson. El Alienígena se incorporó, emitió un gruñido y apuntó a Jackson con su arma.

—¡Llevan chalecos antibalas! —gritó Moran—. ¡Dispárale a la cabeza! ¡Dispara contra ese cabrón!

Jackson apuntó la pistola a la cabeza del Alienígena, pero antes de que pudiera oprimir el gatillo, Frankenstein disparó y la bala alcanzó a Jackson en el pecho. Cayó de bruces, su rostro crispado en una mueca de dolor.

Moran rodó de nuevo y chocó con el sofá. Metió la mano debajo de éste en busca de la pistola ametralladora que tenía siempre cargada y oculta debajo del sofá. Una Ingram MAC 10 con un silenciador en forma de bulbo y 30 cartuchos en el cargador. Sus dedos rozaron la culata y sacó el arma.

Frankenstein se volvió en el momento en que Moran se volvía boca arriba, se agachó y disparó dos veces, alcanzándole las dos veces en la cabeza. Moran soltó la Ingram, que cayó al suelo.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Frankenstein.

Sonó otra detonación y una bala se incrustó en el techo. ¡Pum! Y otra. Frankenstein esbozó una mueca, pero fue el Alienígena el que gritó. Soltó su automática y se llevó las manos a la entrepierna.

—¡Me ha dado! —exclamó.

Jackson yacía de costado, apuntando al Alienígena con su 22. Sonreía con aire triunfal mientras un chorro de sangre brotaba entre sus dientes. Frankenstein disparó de nuevo su Magnum y Jackson se quedó inmóvil.

Entre los dedos del Alienígena se deslizaba un hilo de sangre. Miró a Frankenstein.

—Me han dado —repitió en voz más baja—. Estoy jodido. —Luego sus piernas cedieron y cayó al suelo.

Frankenstein corrió hacia él y se agachó para examinar la herida. La bala había pasado rozando el chaleco antibalas de Kevlar, incrustándose debajo de éste.

De repente sonó el telefonillo. Frankenstein atravesó apresuradamente la habitación y abrió la puerta de abajo. Se oyeron unos pasos que subían la escalera y apareció un individuo cubierto con una máscara de hombre-lobo y empuñando una pistola.

—¿Qué coño ha ocurrido? —preguntó.

—Han herido a Andy.

—Mierda —exclamó el Hombre-Lobo apuntando a Dexter con la pistola—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡No dispares, tío! —exclamó Dexter alzando las manos.

Frankenstein echó un vistazo alrededor de la habitación. Dos hombres maniatados y amordazados. Dos muertos. Otro postrado de rodillas, suplicando que no le mataran.

—¿Qué hacemos? —repitió el Hombre-Lobo—. Decídelo tú.

Frankenstein se devanó los sesos en busca de una respuesta.

—Déjame que lo piense —contestó.

El conductor detuvo la furgoneta en el arcén, paró el motor y apagó las luces. La máscara de hombre-lobo estaba en la guantera, junto con el pequeño tubo de plomo con cinta adhesiva protectora que había utilizado para golpear a Eaton y dejarlo inconsciente. Eaton estaba maniatado y amordazado, tumbado boca abajo en el maletero. La furgoneta era robada: llevaba la matrícula doblada y el nombre de una compañía de fontanería de urgencias pintado en el lateral. El Hombre-Lobo había propuesto dirigirse a la Unidad de Accidentes y Urgencias más cercana, pero Frankenstein había respondido que tenían que salir de Londres. En estos momentos se hallaban sentados en el coche en un sendero oscuro, a un kilómetro de la casa más próxima, escuchando el rumor del motor mientras se enfriaba.

—Esto se ha ido al carajo —dijo el Hombre-Lobo.

—Ya —respondió Frankenstein, que ocupaba el asiento del copiloto. Se había quitado la máscara y la capucha del anorak. Llevaba

el pelo muy corto y mostraba una incipiente calvicie. Lucía unos bigotes caídos al estilo mejicano—. ¿Qué coño vamos a hacer? —Se volvió para mirar al Alienígena, que yacía en el suelo del coche en posición fetal.

—Ya sabes lo que tenemos que hacer —contestó el Hombre-Lobo dando unos golpecitos en el volante con las palmas de las manos—. Tenemos que llevar a Andy al hospital.

—¿Y qué vamos a decirles? —preguntó Frankenstein.

—Lo dejaremos fuera. No tenemos que dar ninguna explicación.

—No digas chorradas —le espetó Frankenstein—. En cuanto lo identifiquen, vendrán a por nosotros.

El Hombre-Lobo descargó un puñetazo sobre el volante.

—Pues lo negaremos todo —replicó—. ¿Qué pueden hacernos? Frankenstein miró enojado al Hombre-Lobo.

—No seas ingenuo —replicó—. Extraerán la bala, y si la cotejan con cualquiera de las balas halladas en el apartamento de Moran, situarán a Andy en el lugar de los hechos, en un tiroteo con una banda de traficantes jamaicanos. —Frankenstein golpeó la guantera con su mano enguantada—. ¡Maldita sea, debimos haberlos liquidado a todos!

—No sabes lo que dices, Rosie —contestó el Hombre-Lobo.

Frankenstein miró a través de la ventanilla.

—Son testigos —dijo—. Ellos iniciaron el tiroteo, y nosotros debimos rematarlo. Saben cuántos éramos. Si logran identificar a Andy, irán en busca de los otros dos. ¿Cuánto crees que tardarán en venir a detenernos?

—Nos defenderemos mutuamente con una coartada —respondió el Hombre-Lobo—. ¿Qué pueden hacer? ¿Acusarnos de mentirosos?

—No voy a pasarme veinte años en el trullo —dijo Frankenstein—. Antes de meternos en esto sabíamos a lo que nos exponíamos y decidimos arriesgarnos.

—Dijimos que si uno de nosotros moría de un tiro, los otros le cubriríamos —dijo el Hombre-Lobo—. Andy no ha muerto.

—Tiene una bala en el vientre —respondió el Frankenstein.

—Pero no está muerto.

El Alienígena se quejó. Frankenstein le había dado un anorak para que lo oprimiera contra la herida, pero la sangre había formado un pequeño charco a su alrededor.

—Larguémonos de aquí —dijo Frankenstein. Se apeó de la furgoneta y esperó a que el Hombre-Lobo hiciera lo propio. Al respirar, ambos emitían unas volutas de aliento en el gélido aire nocturno. Oyeron a un búho ulular a lo lejos, y vieron las luces verdes y rojas de un avión que surcaba el cielo en dirección a Heathrow.

—Analicemos esto con lógica —dijo Frankenstein bajando la voz—. En mi opinión, Andy está muerto. Le dispararon con una 22, por lo que la bala le habrá destrozado los intestinos, y sólo Dios sabe qué más.

—Menos mal que no eres médico, Rosie —respondió el Hombre-Lobo.

—Pero he visto a suficientes personas recibir un tiro para saber cuándo una herida es grave o no —insistió Frankenstein—. Y la de Andy es grave.

—Desde luego no se curará tendido en la furgoneta, eso está claro.

—De acuerdo —respondió Frankenstein—. ¿Qué opciones tenemos? ¿Quieres que lo llevemos al hospital y confesemos haber disparado contra dos jamaicanos y haber robado su heroína? ¿Y si Andy muere? Nos quedaremos con el culo al aire y pasaremos veinte años en el trullo innecesariamente.

—¿Y qué propones, que esperemos a que muera? —preguntó el Hombre-Lobo.

Frankenstein se encogió de hombros.

—Anda, suéltalo de una vez —dijo el Hombre-Lobo.

—No creo que sea necesario —respondió Frankenstein.

—Quieres rematarlo —afirmó el Hombre-Lobo—. Quieres meterle una bala en la cabeza. ¿Y si fuera yo quien yaciera postrado en el suelo de la furgoneta desangrándome? ¿Me matarías de un tiro? Mírame a los ojos y dime qué harías.

—Si hubiera sido yo, supongo que tú habrías hecho lo mismo —respondió Frankenstein.

—Es muy fácil decirlo cuando no te han herido y Andy se está desangrando —dijo el Hombre-Lobo—. Quizás haya otra solución. Podríamos ir a ver a un médico en lugar de llevarlo a un hospital.

—Todos los médicos están obligados a denunciar las heridas de bala.

—Me refiero a un médico que esté dispuesto a extraerle la bala sin decir ni pío —contestó el Hombre-Lobo.

—¿Conoces a alguno?

—Hay un tipo en Peckham. A estas horas de la noche, podríamos llegar en treinta minutos.

—Andy necesita que le operen, no que le den un par de puntos de sutura —dijo Frankenstein—, y sangre. Un montón de sangre.

—Al menos podemos intentarlo —insistió el Hombre-Lobo.

—¿Y luego qué? —preguntó Frankenstein—. Después de que ese matasanos haya curado a Andy, ¿qué propones? ¿Que Andy pida la baja durante seis meses para recuperarse? ¿Cómo coño va a explicar lo de la herida de bala? ¿Y qué hacemos con el matasanos? ¿Te conoce? ¿Quieres pasarte el resto de la vida temiendo que te delate?

—Le pagaremos lo suficiente para que mantenga la boca cerrada.

Frankenstein alzó los brazos en un gesto de exasperación.

—¡Estás loco! —dijo.

—Es posible —respondió el Hombre-Lobo—. Pero si se tratara de ti, Rosie, diría lo mismo.

—Lo más probable es que Andy muera —comentó Frankenstein.

—Pero al menos lo habremos intentado —respondió el Hombre-Lobo—. Llémoslo a que lo vea un médico, quizá pueda hacer algo.

Frankenstein respiró hondo y expelió el aire.

—De acuerdo. Pero cuando se arme la marimorena, no esperes que no diga que te lo había advertido.

—Ya se armó la marimorena —contestó el Hombre-Lobo, pero Frankenstein echó a andar de nuevo hacia la furgoneta y el otro le siguió apresuradamente.

Mientras el Hombre-Lobo se sentaba delante, Frankenstein se montó en la parte posterior del vehículo y se arrodilló junto al Alienígena.

—No te preocupes, Andy, vamos a llevarte a un hospital.

El Alienígena no respondió. Frankenstein se quitó el guante de la mano derecha y le tomó el pulso en el cuello, pero en cuanto lo tocó comprendió que estaba muerto. Frankenstein miró al Hombre-Lobo.

—Quizá creas que soy un cabrón despiadado, pero creo que es una suerte que haya muerto.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el Hombre-Lobo.

—Lo enterraremos donde no puedan encontrarlo nunca. Luego reanudaremos nuestra vida normal.

—¿Qué hacemos con la mercancía? —inquirió el Hombre-Lobo señalando las dos bolsas de lona manchadas de sangre.

—Déjalo de mi cuenta —respondió Frankenstein.

—No nos metimos en esto para robar droga —dijo el Hombre-Lobo.

—¿Crees que debimos marcharnos con las manos vacías? —le espetó Frankenstein.

—Sólo digo que nos metimos en esto por dinero, eso es todo.

—Pero no había dinero. Y Andy ha muerto de un tiro en el vientre. ¿Quieres que encima no saquemos ningún provecho de esto?

El Hombre-Lobo señaló la MAC 10, que estaba en el suelo de la furgoneta junto al Alienígena.

—¿Por qué diablos la has cogido? —preguntó.

—Como recuerdo —replicó Frankenstein.

—Esas armas automáticas son un peligro —dijo el Hombre-Lobo—. Puedes dispararlas incontroladamente.

—Pero imponen, ¿no? —replicó Frankenstein—. Podría sernos útil.

—Después de lo ocurrido, no pensarás en volver a repetir la jugada —dijo el Hombre-Lobo.

—Ya veremos —respondió Frankenstein—. No te preocupes. —Parecía más tranquilo de lo que se sentía. El Hombre-Lobo tenía

razón. El dinero era una cosa; incluso el dinero sucio podía ser blanqueado, movido y utilizado. Pero las drogas eran un problema, sin lugar a dudas.

El hombre miró a través del parabrisas en el aparcamiento del supermercado, sobre el que caía una tromba de agua. Las amas de casa empujaban sus carritos hacia sus cinco puertas, agachando la cabeza para protegerse de la lluvia. Unos oficinistas que regresaban a sus casas estaban arracimados en la puerta, sus bandejas individuales de comida congelada descongelándose mientras esperaban en vano a que el aguacero remitiera. El cielo presentaba un color plumizo y los meteorólogos habían pronosticado que llovería toda la noche. Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente, enjugando el agua del cristal.

El hombre pensó que siempre había que planear un asesinato al anochecer, preferiblemente cuando llovía. La tormenta —un rayo, un trueno—, añadía un toque evocador. Podía planearse con la misma facilidad en la playa, bajo el sol abrasador del mediodía, o una grata tarde primaveral, pero no existía esa sensación de peligro.

El hombre tamborileó con sus dedos sobre el volante. No necesitaba llevar guantes, pero formaban parte de la imagen. Los asesinos a sueldo llevaban guantes. Era un elemento de rigor. Los suyos eran de cuero negro y se adaptaban a sus manos como una segunda piel. Eran los guantes de un estrangulador. El hombre había hecho muchas cosas en su vida, pero lo que más le atraía era ser un asesino a sueldo. Probablemente era el trabajo que proporcionaba más satisfacción, pensó sonriendo. No importaba que sonriera cuando estuviera solo, pero tenía que abstenerse cuando estuviera con Hendrickson. Los asesinos a sueldo no sonreían.

El hombre vio al individuo meterse con el coche en el aparcamiento. Conducía un Mercedes descapotable con una matrícula personalizada. Un coche espectacular, destinado a impresionar a la gente. Todos se fijarían en él y lo recordarían. El asesino a sueldo conducía un Volvo gris: un coche neutro de un color neutro con una matrícula neutra. En su oficio era importante confundirse con el paisaje. Lo mis-

mo que su indumentaria. Cuando trabajaba, nunca llevaba ropa de marca, ni ningún objeto aparte de un reloj de pulsera de plástico. No lucía tatuajes, llevaba el pelo corto, aunque no excesivamente, y hablaba sin ningún acento apreciable. Su ropa era sencilla, de confección, y la chaqueta de lana negra que usaba era una de las miles que vendía una empresa por catálogo.

Larry Hendrickson se apeó de su Mercedes. Llevaba un traje oscuro, de corte impecable, con una chaqueta de tres botones. Probablemente de Armani y muy caro. Abrió un paraguas de golf rojo, verde y blanco. Sus lustrosos zapatos negros eran hechos a medida.

El hombre sabía que Hendrickson lucía en la muñeca un costoso reloj de Gucci. Llevaba un elegante corte de pelo, las manos bien cuidadas, y en las dos ocasiones que el hombre se había encontrado con Hendrickson, éste había utilizado la misma loción para después del afeitado.

Hendrickson atravesó el aparcamiento, sorteando minuciosamente los charcos en el suelo. Llevaba un elegante maletín hecho con la piel de un animal exótico. Miró hacia atrás, tan rápidamente que el hombre comprendió que no habría podido descubrir si alguien le seguía.

Hendrickson se dirigió apresuradamente hacia el Volvo y se montó, sacudiendo la lluvia de su paraguas y arrojándolo detrás de los asientos delanteros antes de mirar al hombre sonriendo. Era una sonrisa de temor.

—Un tiempo magnífico para los patos —comentó Hendrickson.

—Ya —respondió el hombre con indiferencia.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Hendrickson colocando el maletín sobre sus rodillas. Tenía la frente perlada de sudor y un tic nervioso en la esquina del ojo izquierdo.

—Por supuesto —respondió el hombre. Cuando metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, Hendrickson esbozó una mueca de temor.

—Me pediste que tomara unas fotografías —dijo el hombre.

Hendrickson asintió con la cabeza. Llevaba unas gafas con una montura muy fina de Gucci, que se ajustó sobre el puente de la na-

riz. El hombre sacó la mano del bolsillo sosteniendo cuatro polars, que entregó a Hendrickson.

—¿Dijo algo ese tipo? —preguntó Hendrickson mientras miraba las fotografías. Luego se las guardó en el bolsillo.

—Dijo «no lo haga» y «por favor», pero yo siempre procuro terminar cuanto antes —respondió el hombre—. La charla no hace más que demorar el asunto.

—¿Le dijiste quién te había pagado?

—¿Querías que se lo dijera? —contestó el hombre achicando los ojos.

Hendrickson se sonrojó.

—No, no —se apresuró a responder—. Era curiosidad, eso es todo.

—Hice exactamente lo que me pediste —dijo el hombre—. Lo maté y lo enterré donde no podrán encontrarlo nunca. ¿No era eso lo que querías?

—Desde luego.

—Bien, ha llegado el momento de pagar al flautista —dijo el hombre alargando la mano.

Hendrickson abrió el maletín, sacó un abultado sobre de color marrón y se lo entregó al hombre, que lo abrió y pasó la uña sobre el fajo de billetes de 50 libras.

—Está todo ahí —dijo Hendrickson—. Quince mil libras. —Cerró el maletín de doble cerradura.

—Seguro que sí.

—¿No vas a contarlo?

—¿Es necesario que lo haga?

—Me refiero a que... ya sabes... —Hendrickson no terminó la frase.

—Si no nos fiamos mutuamente, tendremos problemas —respondió el hombre guardando el sobre en el interior de la chaqueta—. Esto se basa en la mutua confianza. Tú confías en que yo haga el trabajo, y yo confío en que me pagues lo convenido. Y ambos confiamos en que ninguno de los dos acuda a la policía.

—¡Hostia, la policía...! —dijo Hendrickson volviendo a colocarse las gafas bien. El olor de su *aftershave* era abrumador.